te hizo y dejó, del tremendo, del inevitable Ferrer.

Es que esos muertos por la libertad futura, representan la verdadera vida. La única cierta, porque no está disuelta en el pasado ni disolviéndose en el presente. La que lleva en lo que espera el poder de estar siempre rejuveneciendo, pues el secreto de la juventud consiste en la conservación de la esperanza. Por eso todos, reyes y magnates, miserables y desesperados, tienen que acercarse a ella para mantener su misma existencia espectral, sacando fuerzas de la propia víctima que hicieron, como las sombras infernales de la Odisea cobraban vitalidad en la sangre de la oveja degollada.

Ahora bien, el mismo día que esto pasaba en España, el ex-dictador de Venezuela, Cipriano Castro, llegaba desterrado, enfermo y estupendamente rico, a la rada de Nueva York. Iba de Alemania, donde estuvo en cura, dícese que a conspirar contra el gobierno de su tierra, aunque yo creo más bien que fuese por desahogar aquella manía ambulatoria de los prófugos, cuyos símbolos legendarios son el judío errante y Caín, a quienes ilusoriamente alivia ese eterno andar el peso cadavérico de la conciencia que llevan adentro muerta. O también querría gozar sus millones entre los plutócratas, y dar en cara con ellos, desde más cerca, a sus siervos de ayer, para que le viesen, desdeñoso de la caída en la modesta república, alzarse a magnate prepotente en aquella Babilonia del capitalismo.

El gobierno venezolano denunció al de los Estados Unidos la próxima llegada de Castro como la de un criminal de derecho común, solicitando su expulsión o inmediato reembarco. El millonario Castro, ex-Calígula de su tierra, no creyó que le aplicaran tan severas medidas. Tuvo su frase efectista, transmitida a un diario norteamericano desde alta mar: Si tal hicieran los Estados Unidos, sería menester echar un velo sobre la estatua de la Libertad que ilumina la rada de Nueva York.

Los Estados Unidos hicieron algo mejor. Aplicaron al pasajero Castro una ley que prohibe la entrada de enfermos contagiosos en el territorio de la república. Incomunicado desde su llegada en una celda de aislamiento, el médico de la inmigración extrájole un poco de sangre para examinarla. Comprobado así su estado contagioso, la policía declaró «undesirable» al pasajero; con lo cual este mismo solicitó reembarcarse al día siguiente para Alemania.

Hay quien ve en esto, y algo así ha de haber, sin duda, una venganza del gobierno americano contra el ex-dictador, que tan firmemente le hizo cara cuando la famosa cuestión de los asfaltos de Trinidad.

Para que se comprenda lo terrible de esta justicia ejecutada sobre el siniestro personaje por agencia de los Estados Unidos, conviene saber que aquella resistencia fué un acto honroso del dictador. Con o sin razones previas, él defendió tenaz y gallardamente el honor de su patria. Precisamente, con eso hubo de afianzarse en el poder; pues *tan clara vtrtud es el patriotismo, que hasta el crimen disimula con su luz.*

Aquel episodio es el único mérito de Castro. La otra cosa respetable que hay en él, es su enfermedad. Y bien, es también ahí donde, por esa sorprendente lógica de los sucesos, que tan claramente indica las determinaciones de una justicia superior a la humana, ha mordido el destino con implacable tenacidad. El acerbo ultraje le viene de aquello mismo que transforma en oro fino de compasión a la solidaridad humana.

¡La enfermedad de Castro! Había que ver en la prensa oficialista de entonces, y otra no toleraba él en Venezuela, aquella prosa sobrealzada al ditirambo, aquellas columnas de verso flamígero, con las cuales se anunciaba al país los análisis de la preciosa orina del restaurador. Porque Castro, como Rosas, había restaurado en su patria el imperio de la ley, el orden y los principios. Sus documentos llevaban, como los de aquel tirano en 1840, la data que se diría marca de fábrica: a tantos de la libertad y tantos de la federación. Es que todos son iguales, hasta en sus mañas, esos personajes funestos. Rosas no estuvo enfermo nunca, parecido hasta en eso a las fieras que sólo se ladean para morir; pero los famosos himnos federales de su época emanaban el mismo delirio de adulación que aquellas odas a los residuos de Castro. Cuando así se vilipendia la dignidad humana, aunque sea en la persona del más innoble adulador; cuando el tirano tolera y premia que conviertan en incienso sus deyecciones, ¿quédale, acaso, algún derecho para implorar misericordia una vez caído, cobarde todavía ante la muerte y el infortunio?

Pues he aquí que ni siquiera ha sabido persistir en la idea del regreso, todavía sugerente de cierta respetable fatalidad. Ahora resulta que discute su caso con abogado, interponiendo el recurso de «hábeas corpus» ante la suprema corte federal. En vez de echarse al rostro el manto soberbio y sacudir sobre la tierra hostil las sandalias del antiguo, va a discutir su linfa de pestífero sospechoso, a la cual cantará himnos de pureza y de robustez el jurista mercenario, exactamente como aquellos poetastros de la dictadura. Tiranos ricos, a quienes no salva del desprecio ya póstumo, ni aquella orgullosa miseria de nuestro formidable don Juan Manuel, así es mejor que muestren la hilacha de su sensualismo vulgar, la platitud verdadera que finge profundidad por la negrura del alma.

Tuve la vez pasada ocasión de ver en el lujoso hotel de París, donde se hospedaba, a Porfirio Díaz. Almorzaba solo con su mujer, sin otra adulación que la del «maitre», automática e internacional. Cualquiera que haya sido su conducta, el respeto al anciano es inviolable; pero confieso que el antiguo tirano, convertido en ricacho vulgar, resulta una ruina sin interés y sin grandeza. Y es que nada tan bajamente igualitario, tan plebeyo de suyo, como el dinero. ¿No es así que un escudo vale lo mismo en la mano del gañán y en la del magnate? ¿No son de la misma naturaleza el dinero del señor y el de su lacayo? Tiranos ricos que pasan a ser burgueses opulentos, con ello adquieren la polisarcia vil de los toros evirados; y la dignidad tremenda, la colérica serenidad, el austero sabor de infortunio que constituirían la digni-

VIDA - GARFIO

Amante: cuando muera no me lleves al camposanto.
A flor de tierrra abre mi fosa junto al riente
alboroto divino de alguna pajarera
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra
donde el sol me caliente los huesos y mis ojos
alargados en tallos, suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
más breve. Yo presiento
la lucha de mi carne por volver hacia arriba
por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
podrán estarse quietas.
Que siempre como topos arañarán la tierra
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen
en la greda amarilla de mis huesos menguados.
Por la parda escalera de las raíces vivas,
yo subiré a mirarte en los lirios morados.

JUANA DE IBARBOUROU

(*Nosotros*, Buenos Aires).

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "